

LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE SAN CARLOS  
EN MÉXICO. ED. SILVIA SALGADO RUELAS Y GISEL  
AGUILAR LÓPEZ. MÉXICO: UNAM, IIB, BIBLIOTECA  
NACIONAL / HEMEROTECA NACIONAL / FACULTAD  
DE ARTES Y DISEÑO, 2015, 137 PP.  
ISBN: 978-607-02-6372-9

Felipe Meneses Tello\*



Este libro, en concreto, gira en torno a la historia de una biblioteca especializada novohispana que logró más tarde configurarse como relevante biblioteca mexicana. Se trata de la primera dedicada al arte en América, según se afirma en la primera página de la "Presentación", a cargo de Eduardo Báez Macías, reconocido estudioso del archivo de la antigua Academia de San Carlos. Con esta publicación se alienta la defensa de la necesaria existencia del libro en papel ante la amenaza del libro electrónico, tal como Báez asevera. La obra está compuesta por cinco capítulos escritos por diferentes autores.

Comienza con el capítulo "La Biblioteca de la antigua Academia de San Carlos: un recorrido por sus recintos", a cargo de Elizabeth Fuentes Rojas. En concordancia con el trayecto histórico que trata la autora, se observa que la Academia fue fundada en la segunda mitad del Siglo de las Luces, es decir, esa institución, junto con su biblioteca, surgió durante el movimiento intelectual conocido como Ilustración, y su acervo bibliográfico fungió como valioso complemento para la enseñanza de las artes. El camino que recorre Fuentes permite conocer la creación, desarrollo y consolidación de este servicio especializado de biblioteca. No sólo considera los antecedentes del desarrollo de las colecciones documentales y las sugestivas peripecias para trasladarlas e instalarlas en diferentes

---

\*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

espacios, sino que también trata el asunto inherente al nombramiento de bibliotecarios, destacando la figura del profesor de dibujo de ornato, Lino Picaseño, quien se distinguió gracias a ser el responsable de la biblioteca durante más de medio siglo. Así, el periplo descrito en esta parte, ilustrado con fotografías, comprende desde la incipiente biblioteca hasta el presente de la misma.

El segundo capítulo, intitulado “San Carlos y Lino Picaseño y Cuevas, su bibliotecario”, se debe a la pluma de José de Santiago Silva. Este trabajo es, como afirma su autor, un testimonio sobre los últimos años del trabajo activo de aquel célebre bibliotecario en la Academia de San Carlos, así como de la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Lino Picaseño, según se apunta en estas páginas, adoptó la responsabilidad tradicional del bibliotecario custodio, pues los usuarios podían tener “dificultades y tropiezos” para consultar el acervo de la biblioteca ante las restricciones que imponía en su condición de bibliotecario guardián. Su pasión por los libros contrastaba con su apariencia de hombre “malencarado” y de permanente “malhumor”, por lo cual hubo quienes no lograron superar las barreras del “celoso cuidador de los libros y del recinto”.

Según los antecedentes académicos de Lino Picaseño para ocupar el puesto de bibliotecario, la autoridad correspondiente de esos tiempos de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes cuestionó al director de la Escuela, Arnulfo Domínguez Bello, para saber si el aspirante había cursado estudios en la entonces escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, a lo cual respondió que no, pero que en caso de ser nombrado bibliotecario, el señor Picaseño estaba interesado en asistir a esa escuela para formarse de manera profesional. Su interés no pasó de la palabra a los hechos. Consecuentemente, el trabajo de aquel “ilustre bibliotecario” es reconocido, más que importante, como anecdótico y picaresco durante algunas etapas históricas correspondientes al siglo xx, en especial en el contexto de las comunidades de artistas plásticos y arquitectos que estudiaron en la Escuela Nacional de Bellas Artes de México. La falta de formación profesional en biblioteconomía de Picaseño queda clara cuando Roberto Garibay, director de la dependencia, le preguntó por el catálogo de la biblioteca. La respuesta del “paradigmático bibliotecario” fue que él lo tenía en la cabeza.

Así, después de haber asumido, desde 1918, el puesto principal de ese espacio bibliotecario y haberse ocupado, a partir de 1920, exclusivamente de esa biblioteca especializada, la institución, hasta la década de los 60, parece no haber contado con un catálogo elaborado con los estándares de unas reglas que solamente los bibliotecónomos podían aplicar. Eso debió dificultar la consulta y el estudio del acervo por parte de la comunidad de usuarios, máxime que el servicio era de estantería cerrada. Picaseño se jubiló en 1966 a la edad de 82 años, otorgándosele sin protocolo formal el título de “bibliotecario vitalicio”. Santiago Silva, al escudriñar el trabajo y la personalidad de Lino Picaseño como “personaje ultraconservador” y peculiar carácter voluble frente al cargo de bibliotecario, entre los avatares propios del tiempo, escribe importantes transformaciones de la Academia de San Carlos.

La tercera colaboración lleva por título “Los catálogos como instrumentos de consulta. Una ventana al interior de la Academia”, escrita por Flora Elena Sánchez Arreola. El asunto esencial es el análisis de la documentación del archivo histórico de la antigua Academia de San Carlos, la cual data de finales de siglo XVIII, esto es, entre 1783 y 1785, cuando se le otorgó la real orden de fundación, adquirió el estatuto jurídico requerido y dio inicio oficialmente el proceso de enseñanza. Este archivo comienza a formarse en 1784 y se debe al trabajo realizado por historiadores, historiadores del arte y archivistas que han compilado, registrado y clasificado el corpus documental de esta memorable institución de artes plásticas. Con la finalidad de permitir el acceso a los ricos acervos a investigadores y público en general, han sido confeccionados varios catálogos y guías documentales de exposiciones, numismática y medallística, dibujo arquitectónico, fotografías y yesos y dibujos de la Academia.

Puesto que los documentos están dispersos en diferentes entidades académicas (Biblioteca de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, Facultad de Artes y Diseño (FAD) —antes Escuela Nacional de Artes Plásticas—, Archivo General de la Nación (AGN) e Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, otrora Centro de Estudios sobre la Universidad, [CESU]), las obras de consulta (catálogos y guías) se refieren a diferentes acervos que se hallan en esas instituciones y comprenden documentos que van desde 1781 hasta 1970. Sánchez Arreola reseña los instrumentos de referencia que han sido elaborados al respecto, por ejemplo: Justino

Fernández, *Guía del Archivo de la Antigua Academia de San Carlos 1781-1800*, publicado en 1968 como suplemento de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*; Eduardo Báez Macías, *Guía del Archivo de la Antigua Academia de San Carlos*, en cinco volúmenes que abarcan de 1781 a 1910, publicados por el Instituto de Investigaciones Estéticas en 1972, 1976, 1993 y 2003; Elizabeth Fuentes, *Catálogo de los archivos documentales de la Academia de San Carlos, 1900-1929*, publicado en el año 2000 por la Escuela Nacional de Artes Plásticas, y Flora Elena Sánchez, *Catálogo del Archivo de la Escuela Nacional de Bellas Artes, 1857-1920* y el *Catálogo del Archivo de la Escuela Nacional de Bellas Artes, 1857-1968*, publicados en 1996 y 1998, respectivamente, por el Instituto de Investigaciones Estéticas. La autora ilustra su escrito con las portadas de esas obras de consulta, entre otras fotografías entresacadas de los mismos catálogos y guías que comenta. Pese a la publicación en papel de dichas magníficas obras de arte, en las cuales se ha registrado una importante cantidad de documentos de esa célebre Academia, se espera que puedan digitalizarse para su consulta en línea. Aún falta mucho trabajo documental por realizar en cuanto a este relevante archivo histórico.

Isabel Cervantes Tovar escribió el cuarto capítulo, "Obras conservadas en la Biblioteca de la Academia, publicadas entre 1808 y 1811". Se trata de un estudio concreto que puede encajar en el plano de la historia de la bibliografía. A través de este escrito se da a conocer parte del patrimonio documental que conserva esa entidad académica. El acervo se circunscribe a los libros que forman parte del Fondo de Origen de la Biblioteca de la Academia de San Carlos. Esta investigación se efectuó entre 2009 y 2012. El proyecto se denominó "Fuentes sobre la Independencia de México en la Biblioteca y Hemeroteca Nacionales", realizado en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, ya que este material bibliográfico hoy en día se halla en resguardo en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. En virtud del título del proyecto, se llevó a cabo en el marco de los trabajos incluidos en el Seminario de Independencia Nacional y en referencia a la celebración histórica del bicentenario de la Guerra de Independencia de México (1801-2010).

Si bien el Fondo de Origen de la Academia de San Carlos consta de alrededor de 1,800 títulos, el análisis de Cervantes Tovar se limita a 21 obras publicadas entre 1808 y 1811, años simbólicos en cuanto

a la historia nacional de México. El análisis consistió en identificar los principales elementos bibliográficos de las obras: autores, títulos y temas, así como idioma, año y lugar de publicación. Curiosamente la autora no consideró pertinente incluir en su estudio un apartado sobre el asunto de las editoriales que dieron luz esos textos. Así, los cinco rubros que incluye en su escrito presentan el siguiente orden: temas de los textos, ciudades de publicación, idiomas de las publicaciones, autores y publicaciones. Con el apoyo de gráficas y fotografías de algunas portadas de los libros que formaron parte del corpus bibliográfico, en cada parte se detallan y exponen características relacionadas con la naturaleza de cada apartado. De ese modo, la autora concluye que las obras analizadas revelan la riqueza temática que tuvieron los alumnos para adentrarse en el mundo ilustrado, intelectual y científico de la época. Para tal efecto, los profesores y estudiantes de esa academia debieron aprender a leer en francés, italiano, inglés y latín, con el propósito de tener pleno acceso a esos libros.

Por último, tenemos el quinto capítulo: “La Biblioteca de la Academia de San Carlos en México y su perfil bibliográfico”, de Silvia Salgado Ruelas. Como en los escritos anteriores, el contenido es ilustrado con frontispicios y portadas de libros antiguos que se conservan en el Fondo de la Academia de San Carlos, el cual constituyó el Fondo de Origen de la Biblioteca de la Academia. En contraste con otras bibliotecas novohispanas, cuyos acervos fueron predominantemente eclesiásticos, la de la Academia de San Carlos se caracterizó por contar con una gran colección bibliográfica de obras científicas y técnicas, lo cual confirma el espíritu ilustrado de quienes fundaron esa institución de enseñanza en arte. Dicho de otra manera, la biblioteca abrazó un fondo bibliográfico laico que comenzó su desarrollo durante el yugo colonial.

Para detallar el perfil bibliográfico de lo que fue esa primera biblioteca especializada en arte durante la Colonia, Salgado Ruelas se basa en el intrincado sistema de clasificación que puso en práctica el bibliotecario Lino Picaseño y Cuevas. Este ordenamiento consistió en asignar números romanos a los estantes donde eran intercalados los libros, acorde con el tema que trataban; a su vez, los entrepaños los marcaba con un número arábigo y, finalmente, allí acomodaba las obras según su tamaño, comenzando por los de menos volumen hasta los de mayor dimensión, esto

es, desde dieciseisavos hasta folios atlánticos. Se trató, como apunta la autora, de “una organización más pragmática que rigurosa”. Este ejercicio bibliotecario evidencia, sin duda, la falta de formación en biblioteconomía de aquel celoso guardián, pues es notorio que ignoró el Sistema de Clasificación Decimal Dewey, que desde los albores del siglo xx se impartió como asignatura en las primeras escuelas de esa disciplina y comenzó a practicarse en nuestro país.

Salgado Ruelas amplía su análisis en torno al rubro “cronología”. Así, observa que los libros más antiguos datan del siglo xvi. Siguen las obras publicadas durante los siglos xvii, xviii, xix y xx. El más antiguo es de 1550, y el más reciente, de 1959, aunque el fondo de origen se considera hasta 1821. Entonces, puede categorizarse en fondo bibliográfico antiguo y fondo bibliográfico moderno. Parece que entre menos antiguos, el número de libros es más abundante. La autora no sólo detalla el asunto cronológico, sino que también puntualiza los lugares de impresión (París, Milán, Bolonia, Florencia, Roma, Mantua, Palermo, Turín, Venecia, Amberes, Róterdam, Ámsterdam, Londres, Lieja, Bruselas, Munich, Madrid, Sao Paulo, Nueva York, Chicago, México y otros), los idiomas (francés, italiano, latín, inglés, alemán, portugués y español) y la diversidad de temas de esa colección (matemáticas, astronomía, arquitectura, embriología, botánica, escultura, dibujo, vistas, paisajes, grabado, pintura, iconología y simbolismo, electricidad, numismática, música, biografías de artistas, tipografía), de manera que enriquece su reseña.

Sin duda el libro *La Biblioteca de la Academia de San Carlos en México* aporta conocimientos históricos y artísticos relacionados con el afamado patrimonio bibliográfico que se desarrolló en ese recinto académico de arte novohispano y en épocas ulteriores y de gran trascendencia en el contextura de varias etapas de la historia mexicana. De tal suerte, esta publicación es apropiada para apoyar diversas asignaturas de historia de las bibliotecas, del libro y de la bibliografía, que comúnmente se imparten en las escuelas de bibliotecología, biblioteconomía y ciencias de la información.

Valga decir que en la última página se anota el perfil académico de los autores, el reverso de la portada presenta lo que se conoce como catalogación en la fuente y, por supuesto, la obra finaliza con el colofón, donde se anota que se trata de una edición de 500 ejemplares.